

era impracticable, principalmente por la imposibilidad de indemnizar á los propietarios de los terrenos que fueran ocupados, y por los perjuicios que reportaban las labores y la explotación de las haciendas en que se establecieran dichas colonias.

Langlais, llegado á México el 19 de Octubre, no pudo menos que desalentarse al medir de cerca la obra gigantesca que tenía que desempeñar; sondeó una tras otra las llagas del Erario mexicano, y aunque no las creyó incurables, sí comprendía que para combatir el mal se necesitaba una energía sobrehumana.

Apenas instalado en su habitación tuvo un ataque de reumatismo agudo, y tan luego que pudo levantarse se hundió entre los expedientes desde la mañana hasta en la noche; el reumatismo apareció complicado con otras afecciones; medio acostado en un sillón, con las piernas extendidas y sostenidas en una silla, sirviéndole de mesa una tabla, se entregaba al trabajo; calmado el sufrimiento, dejaba momentáneamente el sillón y se paseaba en el corredor; á las cuatro de la tarde el médico le llevaba á dar un paseo en coche. Murió repentinamente al volver de uno de estos paseos el día 23 de Febrero de 1865. (1)

Esperábase con ansiedad el resultado de los proyectos hacendarios de Langlais, cuando se supo que súbitamente había fallecido de resultas de un ataque cerebral, á las seis de la tarde del citado día. Regresaba del paseo en compañía de su médico el Dr. Schultz, y al entrar á su habitación se quejó de malestar quedando momentos después inanimado. El suceso fué comunicado inmediatamente por telégrafo á Maximiliano que estaba en Cuernavaca. La muerte de Langlais preocupó mucho al público, que ya estaba excitado con la noticia recibida de un descalabro sufrido en Michoacán por el coronel Ramón Méndez. La dirección de la hacienda quedó encargada á Mr. de Maintenent que era inspector general del ramo.

Maximiliano regresó violentamente de Cuernavaca y dispuso que los ministros de Estado, los jefes y empleados de su gabinete particular asistieran á los funerales. La autopsia indicó que la muerte fué causada por un golpe de sangre al cerebro.

La muerte de Langlais precipitó un cambio de Ministerio, esperado ya hacía tiempo; quedaron suprimidos los Ministerios de la Casa imperial, de Estado, y el de Instrucción pública y cultos, ramos estos dos últimos anexados al Ministerio de Justicia que siguió á cargo del Sr. Escudero y Echanove. Salían los ministros Esteva, Peza y Robles, respectivamente, de Gobernación, Guerra y Fomento, reemplazándolos el Sr. Salazar Ilarregui, el general García y D. Francisco Somera; de la hacienda se encargaría el Sr. Castillo que era Ministro de Negocios Extranjeros. También hizo renuncia del empleo de Ministro del Imperio en París el Sr. Hidalgo y fué nombrado en su lugar el general Almonte.

(1) Los expedicionarios hicieron á Langlais suntuosos honores fúnebres en la catedral. Embalsamado el cadáver fué depositado en la capilla de San Antonio Abad y después conducido á Veracruz para trasportarlo á Francia.

Langlais encontró un estado de cosas enteramente diverso del que suponía, y queriendo encubrir su falta de acción, aseguró que esperaba instrucciones de París para dar definitivo curso á sus labores, y que mientras regresaba el paquete de San Nazario, tendría tiempo de estudiar el terreno y preparar sus grandes medidas.

El título y la naturaleza de los poderes conferidos á Mr. Langlais, fueron motivo de discusiones; lo cierto fué que no se quiso que tomara el título de Ministro de Hacienda de México, y se decidió que se presentaría de orden superior, con la misión extraordinaria de completar la que había desempeñado Mr. Cortá; organizaría las relaciones que deberían existir entre la hacienda mexicana y la francesa, con garantía de los créditos franceses; daría luces y guía á Maximiliano y á los altos funcionarios de aquí, en asuntos financieros, y quedaba con libertad absoluta para traer de Francia agentes especiales, que inculcaran en los empleados mexicanos las reglas de una buena administración hacendaria, según se comprendía en Europa.

Este pensamiento fué combatido por el Sr. Moran y Crivelli, sosteniendo que era un error gravísimo derrocar de una plumada la organización hacendaria de México, pues en materia de hacienda no existían principios absolutos aplicables á todos los países.

Por conducto de Langlais envió Napoleón una carta á Maximiliano, en la cual dábale muchos consejos. Este Emperador le contestó, asegurándole que los recibía como venidos de un sincero amigo, del más grande soberano de nuestro siglo y del juez más competente para fallar sobre asuntos tan difíciles como los que preocupaban á México. «Desde el momento en que Vuestra Majestad tiene confianza en Mr. Langlais, este digno hombre de Estado puede estar seguro de la mía; su concurso es para mí más que necesario, porque la mayor dificultad de una posición es la falta completa de instrumentos útiles.» Langlais, con los datos que estudió, había podido dar á conocer exactamente á Napoleón III las circunstancias del erario que eran difíciles y aun desesperadas.

Se divulgó que Langlais sucumbía á consecuencias de un exceso de trabajo combinado con amargas inquietudes, pasando constantemente de la esperanza á la perplejidad, encerrado su pensamiento en un círculo que no podía traspasar. La víspera de su muerte se le vió inquieto y agitado como de costumbre, faltábale la fe en los planes que preparaba, y crecían sus dudas acerca de la cooperación que encontraría para ejecutarlos, habiendo tropezado con resistencias inesperadas las primeras medidas por él sugeridas, y esto le mantenía preocupado; le fastidiaba y lastimaba el presente é inquietaba en gran manera el porvenir, con la serie de luchas sin cesar renacientes; sus noches de insomnio se prolongaban y manifestaba temor de perder la cabeza á la hora menos pensada, y esa sobreexcitación mental llevada al exceso había contribuido á su repentina muerte. Dejó casi terminado su plan de hacienda y colaboradores íntimamente iniciados en sus ideas que al fin resultaron inaplicables.

En el ramo de hacienda pretendió Langlais que algunas leyes tuviesen

efecto retroactivo, como en el caso de pago de los derechos de contraregistro, y habría ido más allá en el desarrollo brusco de sus proyectos hacendarios, si la muerte no se lo hubiera evitado. (1)

Sucedióle en la dirección de la hacienda, el Licenciado D. José M. Lacunza, presidente del Consejo de Estado, consultando y obrando de acuerdo con Mr. de Maintenant. Ambos procuraron llevar adelante el pensamiento de su antecesor en cuanto á la disminución de gastos, no obstante que levantaron el presupuesto del Imperio á treinta millones de pesos, diez y seis como gastos de administración y catorce que importaban los réditos de la deuda. Para cubrir ese presupuesto aparecía como uno de los ingresos seguros, el gravamen de las fincas urbanas en la sexta parte de sus productos y el de las rústicas en la séptima, exigiendo además, á éstas, medio real por cada cincuenta mil varas cuadradas; para el cobro se hacía un cálculo de lo que cada finca debía producir; pero era inequitativo establecer igualdad tratándose de terrenos de muy diversos valores.

Lacunza fué sustituido por el intendente francés Mr. Friant, dándole Maximiliano el carácter de ministro, que les faltó á sus antecesores Budin, Cortá, Bonnefonds, Langlais y Maintenant.

Esperanzas insostenibles que salían defraudadas á cada paso, eran el único apoyo de la situación en que estaba Maximiliano, á cuyo derredor se hacía el vacío con singular rapidez; alejado el partido clerical y faltando el poder espiritual de Roma, crecía la preponderancia de los republicanos, á la vez que agonizaba el auxilio material que daba Francia. ¿Qué podía hacer Maximiliano con el pequeño grupo de algunos liberales moderados, únicos que permanecían identificando su suerte á la del nuevo Imperio? Ya no descansaba en ningún elemento sólido; los que habían sido sus más adictos ahora ansiaban quitarse la responsabilidad por su pasado, á semejanza de D. Antonio López de Santa-Anna. No era posible que para Maximiliano pasara desapercibido el concierto de oposiciones que se levantaban á su rededor; pero estaba conformado más para las fantasías

(1) El 27 de Febrero, á las diez de la mañana, tuvieron verificativo en la Catedral, las exequias del Consejero de Estado Langlais. Salió el cadáver de la casa mortuoria, en la calle de los Sepulcros de Santo Domingo, y fué conducido en un carro lujosamente adornado y cubierto con el pabellón francés. Abría la comitiva un piquete de gastadores del 81º de línea, que mandaba el coronel De Potier. Seguía el carro fúnebre, llevando las cintas del ataúd el ministro de Francia, el almirante Didelot, el intendente Castillo y los generales Aguilar y De Maussion; á los lados del carro iba la infantería que dió guardia en la casa mortuoria; cerraba el séquito la multitud de funcionarios y empleados de la Intervención y el Imperio, presididos por el Sr. Almonte, Gran Mariscal de la Corte. Todos los concurrentes llevaban la cabeza descubierta. Tras de la comitiva iban los coches de la Corte y algunos otros.

El Mariscal Bazaine, con una parte de la concurrencia oficial, recibió en la puerta misma de Catedral el cadáver que fué colocado en el centro de la cruzía, al pie del catafalco en que ardían multitud de cirios. El capellán mayor del ejército, Mr. Lanuse, acompañado de otros sacerdotes, celebró la misa y dijo los responsos. Durante el acto religioso, los gastadores estuvieron en el presbiterio, á los lados del altar, la infantería permaneció formando valla á la derecha del templo y la banda de música del 81º ocupó el coro y ejecutó piezas fúnebres escogidas. El hijo y los criados del finado estaban presentes. Terminada la ceremonia religiosa, fué trasladado el cadáver en el carro fúnebre, con escolta y seguido de algunos coches, á la garita del Niño Perdido, y conducido á Veracruz en un carro de la artillería para llevarlo á Francia.

que para las realidades, y le bastaba un barniz de popularidad para que renacieran sus ilusiones.

En el Estado de Puebla se había renovado la lucha después que el gobernador D. Fernando Ortega, de acuerdo con los principales jefes y oficiales que militaban en la sierra, consideraron oportuno que terminara el plazo que habían acordado para entrar en relaciones con el Imperio, buscando en esa estratagema ganar tiempo. Entonces dispuso Maximiliano que los austriacos que estaban al mando del conde de Thun, fuesen á operar por el rumbo de Zacapoaxtla, verificándose desde luego varios reñidos combates, uno de ellos para tomar las alturas de Apulco, en el cual la legión extranjera se batió por varias horas y sufrió considerables bajas. A la vez otra columna tomaba á Tetela del Oro; pero una tercera que cayó en la emboscada que le prepararon, fué derrotada y obligada á rendirse, quedando la artillería y fusiles en poder de los vencedores, acaudillados por el indígena Francisco Lucas, recién ascendido á general. Los austriacos tan desgraciados en sus empresas, recibieron otro golpe en Ahuacatlan.

El conde de Thun se consideró apto para contener los avances de los republicanos en aquella zona y al carácter de jefe de la División del Departamento, se le agregó el mando militar de la plaza de Puebla, en la que tomó el político D. Alonso Peón. Tenía Thun el encargo de formar una brigada mexicana, para lo cual comenzó la organización de dos batallones de infantería que tomaron la numeración de 5º y 6º permanentes; con ellos y el Regimiento de la Emperatriz al mando de Miguel López, se formó una brigada que debió operar á las órdenes del expresado general Thun; pero los acontecimientos siguieron otro rumbo.

Aun resonaban los ecos de las fiestas con que fué celebrado el 16 de Septiembre, cuando se evadió de su prisión en Puebla, el día 22 del mismo mes, el General Porfirio Díaz. Tal acontecimiento causó grande alarma entre los imperialistas. Se dirigió el General rumbo al Sur y se puso al frente de una fuerza republicana que pertenecía al Estado de Guerrero, con la que batió á otra de imperialistas y en seguida marchó para la hacienda de la Providencia, con objeto de conferenciar con el general D. Juan Alvarez, deseoso de combinar los elementos de los Estados de Guerrero y Oaxaca para abrir una nueva campaña.

Desde el mismo día 22 corrió en México la voz de que algunos prisioneros de Oaxaca detenidos en Puebla, se habían fugado y se contaba entre ellos al general Porfirio Díaz. El rumor se extendió á considerar el caso no como una evasión, sino como un canje por los prisioneros de Tacámbaro. Poco después se supo la realidad, el general Díaz se había fugado en la noche del 21 al 22, de la prisión del colegio Carolino que tenía designada, descolgándose con una reata para la calle de Alatríste; dejó escrita una carta dirigida al general Thun, exponiendo los motivos de su fuga, y se dijo que en ella se refería al próximo canje de prisioneros austriacos.

Llegado á Tlapa atacó con una fuerza de guardia nacional al coronel Visoso, sorprendiéndolo en Tehuicingo el 1º de Octubre. En seguida, poniendo el

botín á disposición de D. Juan Alvarez, tuvo con éste una entrevista en la Providencia, y fué allí autorizado para disponer de armas y municiones, pero no de dinero que escaseaba en el Sur. Por este motivo tuvo que deshacerse de la fuerza de Tlapa, que reemplazó tomando 300 infantes de Chilapa. El 4 de Octubre sorprendió nuevamente á los imperiales en Comitlipa; el 13 entró á Silacayoapam, de donde pasó á Tlaxiaco y se alejó de allí el 22 delante de fuerzas imperiales superiores. Con un auxilio de 150 infantes que recibió, se acercó de nuevo á Tlaxiaco, en cuyas inmediaciones sostuvo un combate y se retiró á Santa Lucía, punto del mismo distrito.

Mientras estuvo en la prisión el general Díaz, había sido atacado de una manera tan amarga como ligera, por el Senador Mariscal Forey, quien, no teniendo suficiente conocimiento del asunto que trataba, confundió los hechos de algunos guerrilleros de conducta reprochable, exagerándolos también, con los del citado general, al que llamó monstruo y le calumnió imputándole acciones que, ó fueron producto de la exajerada fantasía del Senador, ó los había cometido algún malvado y Forey no tuvo el criterio suficiente para distinguir. (1)

En la Alta California dos mexicanos adictos al Presidente Juárez, trataban de los medios más oportunos para abrir suscripciones y obsequiar á los oradores franceses Favre y Picard, que habían defendido la causa juarista en el cuerpo legislativo francés.

(1) Combatió el Sr. Manuel Maneyro, antiguo cónsul de la República de México en Burdeos, el discurso del Senador y Mariscal Forey, en lo relativo á las acusaciones dirigidas contra el general Porfirio Díaz.

El mismo día que el Mariscal Forey lanzaba ante el Senado francés acusaciones terribles contra el general mexicano, le escribió el Sr. D. Manuel Maneyro, indignado por tanta calumnia, una carta que hizo publicar en parte diciéndole: "que el jefe que defendió la ciudad de Oaxaca, era un joven de veintiocho años que había recibido su educación literaria en la Universidad de México; que era un patriota dechado de virtudes y valiente á toda prueba, enemigo jurado de la Intervención extranjera, pues creía que aun el orden, si era restablecido en su país por extranjeros, no podía llamarse sino servidumbre. Que rechazó las ofertas que se le hacían para adherirse al Imperio, prefiriendo las privaciones y lo peligroso de la guerra á las delicias que gozaban en la capital otros militares que, después de haber combatido la Intervención, se habían adherido al Imperio.

El Sr. Maneyro aseguró, que en las conversaciones que había tenido con los prisioneros y emigrados liberales mexicanos, entonces en Francia, jamás había oído decir una sola palabra que pudiese manchar la reputación del joven general Porfirio Díaz. Con tal motivo había sido muy grande su sorpresa como la de cualquier mexicano, al leer en el *Moniteur* el discurso del Mariscal Forey en que aseguró: "que el defensor de Oaxaca era un monstruo, un miserable que había cometido los crímenes más infames," cuya relación conmovió y llenó de horror á los miembros del Senado.

Sin duda el Mariscal Forey había sido engañado por los enemigos del general Díaz, y había acogido sin la debida reserva las acusaciones que, á impulsos de la pasión emanaban de los detractores del partido republicano, pues cuando dos bandos pelean no hay acción infame que uno de ellos no impute al otro. La generación contemporánea á los sucesos de aquella época, puede atestiguar que las acusaciones hechas en el Senado francés no fueron más que una calumnia, ligeramente acogida por el general Forey.

Falsedades cual las vertidas por un personaje tan caracterizado en el ejército francés, y pronunciadas en una tribuna tan digna de respeto, dieron el resultado de irritar profundamente los espíritus de los mexicanos y convertir en implacables los odios contra el ejército expedicionario.

Los mexicanos emigrados á los Estados Unidos abrigaban entre sí serias divergencias; un grupo de liberales rechazaba á Juárez, lo mismo que los santanistas que también se oponían al Imperio, no faltando algunos que resueltamente querían el protectorado norteamericano; entre esos grupos se dividían y gastaban inútilmente fuerzas y recursos. La tentativa de González Ortega para enganchar secuaces, había fracasado por falta de dinero para los gastos. Con objeto de buscar recursos, convocaban los enemigos del Imperio en los Estados Unidos, reuniones en las que era atacado principalmente el Emperador de los franceses.

Al fin se concluyó en aquella República, un empréstito de treinta millones de pesos, en bonos de 50, 100, 500 y 1,000 pesos, pagaderos en veinte años, á contar del 1º de Octubre, con rédito de siete por ciento, satisfecho por semestres en Nueva York. Garantizaban el pago el gobierno general de la República mexicana y los Estados de Tamaulipas y San Luis, con hipoteca especial de cinco millones de acres de tierras de labor y 500,000 acres de terrenos minerales en dichos Estados.

A mediados de Octubre ya se sabía en el público, de manera indudable, que había quedado acordada la desocupación gradual del territorio mexicano por el ejército francés. En una conferencia tenida entre Drouyn de Lhuys y el ministro de los Estados Unidos en París, se convino en que Francia disminuiría próximamente el efectivo de su ejército en México. Al retirar Napoleón sus tropas, quiso que Maximiliano las reemplazara con otras propias, y pretendía ajustarse en este asunto al tratado de Miramar. El llamamiento del ejército francés, fué el tema obligado de los periódicos europeos y de los Estados Unidos. *L'Independence belge* fué el primero que lanzó al público la noticia.

El gobierno francés pretendía que el de los Estados Unidos prometiera no inquietar al Imperio de Maximiliano, á cuya propuesta no accedió el de Washington, que acababa de nombrar ministro plenipotenciario cerca del gobierno de la República mexicana al general Logan, uno de los enemigos más decididos de la Intervención y el Imperio. Hablábase con insistencia de una nueva convención entre los gobiernos de Washington y Francia, fechada el 15 de Septiembre de 1865.

Desde principios de Octubre ya había quedado resuelta en junta de ministros presidida por Napoleón, la próxima retirada del ejército que ocupaba á México, aunque sin fijar la época, y se daba por motivo principal la economía. También, á petición del gobierno de los Estados Unidos, desistía Napoleón de seguir enviando soldados egipcios á México.

Los republicanos de aquí no fiaban su suerte á los azares de la política exterior; fraccionados en guerrillas recorrían los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En el primero estaban las fuerzas de Aguirre, Galindo y Viezca; y en el segundo, las de Hinojosa, Falcón y Garza Melo; en el de Tamaulipas las de Escobedo, Cortina, Treviño, Méndez y Carbajal. Caían de improviso sobre pueblos y haciendas, y si sufrían algún revés, según les aconteció cerca

de Linares, pronto se reorganizaban; interrumpían las comunicaciones y recorrían los caminos, viviendo sobre el comercio aunque estaba ya afectado de tremenda paralización.

En Monterrey habían concluido las transacciones mercantiles, á causa de hacer seis meses que estaba interrumpida la comunicación con Matamoros, no obstante la activa persecución que hacían las columnas franco-mexicanas á las guerrillas. Una de esas columnas, compuesta de cuatrocientos infantes, dos escuadrones de caballería y dos obuses, verificó una excursión por Linares, Montemorelos, Terán, China y Cadereyta, y regresó á Monterrey á principios de Septiembre, sin lograr la derrota de los perseguidos. El jefe Cortina seguía á inmediaciones de Matamoros, se presentaba en ambas márgenes del Bravo, desafiando á mil doscientos hombres que guarnecían aquel puerto. La brigada de Tanagero que residía en Monterrey, perteneciente á la división de D. T. Mejía, no lograba reponer las pérdidas considerables que sufrió en el combate de Paso de las Cabras el 15 de Agosto. Esa fuerza, unida á la del coronel Jeanningros contribuyó á celebrar en Monterrey el 16 de Septiembre.

Resuelto el general Escobedo á posesionarse de todos los elementos con que contaban los Estados fronterizos en que operaba, marchó sobre el puerto de Matamoros, conduciendo varias secciones de tropas pertenecientes á Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, y dejó situada una fuerza en observación de Monterrey. El 22 de Octubre se presentaba frente al puerto y establecía su campamento á tiro de cañón en el rancho de A. Peña, é intimó rendición á la plaza por conducto del coronel Sóstenes Rocha, que era el mayor general de la División, y habiendo sido desechada la intimación, se comenzó á abrir trincheras, establecer baterías y arreglar otros preparativos para el ataque.

Dentro de la plaza tomaba el general Tomás Mejía todas las precauciones para hacer fructuosa la defensa, y entre otras órdenes dictó la de que fueran fusilados unos oficiales americanos, acusados de cómplices en una conspiración para entregar á Escobedo los fuertes que tenían á su cargo.

Dada la orden el 24 de Octubre para que la plaza fuera atacada el siguiente día, se encomendó la derecha al general Hinojosa, la izquierda al general Cortina y por el centro debía llamarse la atención con un ataque falso. Un fuerte viento y la lluvia que caía en la madrugada del día 25, impidieron que fuese dada la señal de asalto á la hora convenida, sino hasta las cuatro y media de la mañana, por lo cual, aunque el ataque fué vigoroso, no pudo ser simultáneo; la tropa del general Hinojosa asaltó el fuerte que encontró al paso y penetró hasta la plaza de la Independencia; pero reforzados los imperialistas por su reserva y con soldados sacados de los demás fuertes, y auxiliados por el vapor «Antonia» que subiendo el río ametrallaba á los republicanos, retrocedió la columna replegándose á su primera posición, llevando heridos al general Hinojosa y su segundo el coronel Adolfo Garza. Esto motivó que también fuera rechazada la columna del general Cortina que tomó un fuerte; mas estando ya libre la re-



*Don Mariano Escobedo,*

GENERAL DEL EJÉRCITO DEL NORTE Y DEL DE OPERACIONES SOBRE QUERÉTARO.

Cuando las tropas de las tres naciones aliadas contra el Gobierno de Don Benito Juárez desembarcaron en Veracruz, el Coronel Escobedo fué nombrado Jefe de la primera brigada de San Luis Potosí, con la que ingresó al Ejército de Oriente y se batió en las cumbres de Acultzingo mandando la derecha de la línea. También tomó parte el 5 de Mayo de 1862, en el triunfo obtenido en Puebla sobre las fuerzas francesas y en la defensa de la misma ciudad sitiada el siguiente año por el General Forey. Al sucumbir la plaza cae prisionero, y en Orizaba se evade, logrando llegar á México en poco tiempo. Se retira con el Gobierno á San Luis Potosí, y hace con el General Díaz una expedición por el Sur hasta Oaxaca; regresa al Norte de la República en Noviembre de 1864. Sostiene varios combates y alcanza trascendental victoria en la Mesa de Santa Gertrudis el 16 de Junio de 1866, elevándose en la consideración del Gobierno Republicano, hasta llegar á obtener el mando de las fuerzas que sitiaron en Querétaro á Maximiliano, quien al rendirse le entregó su espada, el 15 de Mayo de 1867.